

# El espectador Diseños

CARLOS FUENTES



Es vieja costumbre hacerse, a principios de año, una lista de propósitos que dependerán al cabo —diría Maquiavelo— de partes desiguales de necesidad, voluntad, azar, así como de una “parcela” de libertad. Aun antes de formularse, sin embargo, nuestros propósitos vienen marcados por experiencias previas personales y colectivas, históricas y oníricas... El origen del presente es siempre múltiple. Lo es también el origen del futuro, sólo que al realizarse deja de ser porvenir y, con suerte, se transforma en memoria viva.

Si éstas son vallas de la vida personal, intentaremos sobrevolarlas, en efecto, con medidas variables de voluntad y necesidad, así como con aceptaciones variables de azar. La medida de nuestra libertad acaso es residuo de decisiones voluntarias, imposiciones necesarias y azares imprevisibles. Los cuatro factores, en términos mayores o menores, los trasladamos a nuestra vida colectiva, o ésta, en términos también variables, se los impone a la vida individual.

El artista no escapa a semejantes combinaciones de libertad, necesidad, virtud y azar. Como todo individuo, trata de imponerle un cierto orden a cada factor, así como al conjunto. Ese orden, al cabo, se llama Cuevas de Altamira y *Guernica*, *Pasión según San Mateo* y *Rito de la Primavera*, *Odisea* de Homero y *Ulises* de Joyce.

En todo caso, previo a la ejecución de la obra está el diseño de la misma. Hoy, la palabra, definida en pureza como proyecto o concepción original, se extiende a numerosos campos de la actividad humana. Hablamos de proyecto gráfico (ideas e imágenes), proyecto didáctico, proyecto curricular, proyecto urbanístico y, de manera

singular, de proyecto industrial como suma de utilidad y belleza, concepto que proviene de William Morris (1834-1896) y su movimiento de “artes y oficios”, en nada ajeno al paralelo movimiento político de sindicalismo libertario creado por el propio Morris, precursor del Bauhaus alemán de Walter Gropius.

Quiero ceñirme ahora —porque mi proyecto para 2007 es sobre todo literario— al campo de la novela y el diseño inicial de la misma. Lo primero que descubro es que el proyecto preparatorio de una novela se pierde y ello por una razón muy sencilla: puede existir en la cabeza del novelista, quien incluso puede empezar a describir, anotar, prever el número de

páginas, etcétera, pero en este mismo acto el autor empieza a separarse del diseño original, soñado o planeado, y ello por muchos motivos.

El mejor ejemplo de lo que quiero decir lo ofrece la novela de Laurence Sterne, *Tristram Shandy* (1759-1767). Sterne nos enseña allí una multiplicidad de tiempos: el tiempo de la escritura de la novela, el de la lectura de la misma, el de los personajes, el del autor y el tiempo de la historia. Cada uno de estos tiempos se imbrica en los demás, de acuerdo con la magnífica e imposible estética del autor: dar todas las temporalidades narrativas simultáneamente, como sucede en la pintura. Salvarse de la esclavitud secuencial de la escritura.

Claro está que no lo logra. Lo importante aquí es la intención, puesto que el propósito de la obra es, en *Tristram Shandy*, la obra misma, la primera novela cuyo tema mismo es el tiempo. Y como los tiempos de la concepción, la escritura y la lectura jamás coincidirán, Sterne recurre a un simple *diseño* y éste es, gráficamente, el dibujo del látigo del Cabo Trim, emblema de la obra, a la vez su enigma y su solución. La novela siempre tiene tiempo. A partir de Sterne, lo crea.

Balzac retoma el diseño del látigo en el epígrafe de *La piel de Zapa* como símbolo del destino de su personaje Raphaël de Valentin, un hombre consumido por sus deseos. El hecho es que el diseño, igual que los deseos de Raphaël, se pierde en el momento en que las palabras y las cosas se separan de la pureza de la concepción a fin de entrar en la impureza de la creación. Quiero decir: la perfección de una novela consistiría en la coincidencia de las palabras y las cosas imaginadas en el diseño de la obra. Sólo que una novela viva no soporta tal coincidencia



Látigo del Cabo Trim.

—la novela *perfecta* sería ilegible. La *imperfectación* es la herida por donde sangra un libro, volviéndose legible.

Borges, en su “Pierre Menard”, no nos propone re-escribir el *Quijote*, sino recrearlo en la lectura. Segunda, tercera, infinitas lecturas, cuya originalidad auténtica le es entregada al siguiente lector de Cervantes —Pierre Menard, tú o yo, Cristóbal Nonato— que será asimismo, en pureza, el primer lector de Cervantes.

Ello significa que el diseño de una obra de arte no es sólo la perdida intención original del autor, sino el re-diseño del lector, del espectador y acaso, incluso, del usuario. La obra de arte posee la particularidad de que, nacida en el pasado, se cumple realmente en las re-visiones y re-lecturas del presente... y del porvenir.

Si esto es cierto, significa que la obra contiene un diseño sin fin, ya que cada lector o espectador re-diseña la obra, extiende la intención del autor y traduce el acto finito pero potencial de escribir en el acto infinito y radicalmente presente de la lectura. El diseño ha muerto. ¡Viva el diseño! Es decir: no hay arte sin paradoja. ~

# EstePaís cultura

				<p>Suscripciones: (55) 56 58 23 26 y (55) 56 59 83 60 Dulce Olivia 71, Villa Coyoacán, 04000, México D.F.</p> <p>estepaissuscripciones@prodigy.net.mx</p> <p><b>www.estepais.com</b></p>	